

CAPITULO XLV.

Viene Cortés á España.—Recíbele el Emperador y le hace grandes mercedes.—Francisco Pizarro.—Humildad de su origen.—Sus primeros hechos de armas.—Únese á Diego de Almagro.—Sociedad formada por Pizarro, Almagro y Luque para nuevos descubrimientos.

GRAVES obstáculos habían tenido que vencer los enviados de Cortés, para conseguir que fueran atendidas sus pretensiones en España.

Los disturbios que, como en otros capítulos hemos hecho presente, ensangrentaron la primera época del reinado de Carlos, las grandes empresas en que este se empeñó mas tarde y la enemiga que el gobernador de Cuba profesaba á Cortés, y que le hizo enviar á la corte agentes diestros que influyesen para que las reclamaciones del valeroso caballero fueran desatendidas, impidieron, como ya hemos tenido ocasion de ver, que Cortés recibiese auxilio alguno de la metrópoli.

Por lo tanto, es mucho mas de admirar la maravillosa conquista, realizada, merced á su genio y á los auxiliares que su buena estrella le proporcionaba, como sucedió con todas las expediciones que Velazquez enviara contra él.

Sin embargo, hubo ya un momento en que el Emperador no pudo menos de fijarse en las hazañas del valiente extremeño, porque los resultados de su maravillosa conquista prometían ser todavía mucho mayores, y entonces fue cuando se ordenó el establecimiento de la Audiencia, la erección de la silla episcopal en Méjico, y otras disposiciones no menos importantes.

Al mismo tiempo y como la riqueza del país excitó la codicia y el afán de encontrar fortuna en los españoles, acudieron multitud de emigrados, artesanos muchos de ellos, merced á los cuales se reedificó la ciudad, se aclimataron multitud de animales y plantas de Europa, y la reciente conquista fue uno, ó tal vez el primer florón de la corona del rey de España.

Mas como quiera que el rencor de Velazquez seguía persiguiendo al vencedor de Otumba y que los agentes de aquel, sembraban las mas calumniosas especies respecto á todos sus actos, Cortés no tuvo otro remedio, siguiendo el consejo del obispo de Osma, que presidía el reciente Consejo de Indias, que venir á España á dar personalmente todas las explicaciones, respecto á su conducta al mismo Emperador.

Este hizo á Cortés toda la justicia que debía, y como remuneración de sus servicios le hizo caballero del hábito de Santiago, y marqués del Valle de Guaxaca, aun cuando para establecer de una manera conveniente la division y las jurisdicciones de cada autoridad, nombróse un virey para Nueva España, como se denominó aquel país, quedando Cortés con el mando de las tropas y la facultad de continuar sus conquistas.

Precisamente en los momentos en que el conquistador de Méjico se hallaba en España, el Monarca recibía tambien á otro conquistador no menos famoso, y que mas tarde había de adquirirle un nuevo imperio mas rico y mas extenso todavía.

Este conquistador era Francisco Pizarro. Oscuro su nacimiento é incierta la fecha de él, supónese que probablemente nació en Trujillo por el año de 1471, siendo hijo natural de D. Gonzalo Pizarro, coronel de infantería, y de Francisca Gonzalez, mujer de condicion asaz humilde.

Abandonado por sus padres, pasó sus primeros años en una situación harto modesta, siendo contradictorias todas las noticias que respecto á la infancia del futuro conquistador del Perú, encontramos en los varios autores que nos sirven de guía.

Parece indudable, sin embargo, que desatendido por los que le dieran el ser, su educación fue tan descuidada que ni sabía leer ni escribir, pasando la mayor parte de su infancia y de su juventud, ocupado en guardar puercos.

Mas semejante estado no debía avenirse con el ardiente anhelo del joven, que tan luego pudo adquirir noticias respecto á los descubrimientos hechos en América, dirigióse á Sevilla, y desde allí marchó al Nuevo Mundo en busca de una posición mas honrosa y mas lucrativa, que la en que hasta entonces se hallara.

La fecha cierta de este suceso tampoco puede precisarse, no figurando su nombre en los fastos de aquellas regiones, hasta el año 1510, en que marchó en compañía de Ojeda desde la Española á la expedición de Uraba en Tierra Firme.

Hernán Cortés, de quien se dice que era pariente de Pizarro por parte de padre, disponíase tambien á marchar con Alonso de Ojeda, mas una pequeña indisposición que tuvo se lo impidió, quedándose á este accidente que la conquista de Méjico no quedase aplazada por un tiempo indefinido.

Desgraciado fue el éxito que tuvo esta expedición, y en ella demostró Pizarro cualidades altamente recomendables, que le granjearon el aprecio de Ojeda.

Mas tarde, Pizarro, asocióse á Balboa para el descubrimiento del Pacifico, estableciendo con este la colonia de Darien, y prestándole grandes servicios.

Muerto Balboa, encontráronsele unido á Pedrarias, tomando parte en todas las expediciones de este, demostrando en ellas aquel valor, aquella constancia, y aquella firmeza para soportar toda clase de peligros y privaciones, de que tan repetidas muestras dió posteriormente.

En el año de 1515 atravesó el istmo y estuvo comerciando con los naturales en las playas del Pacifico, encontrándose, finalmen-

te, á los cincuenta años de edad, el capitán Pizarro, con mucha fama, merced á lo arriesgado de sus empresas, pero con muy escaso capital.

Cuando en 1522, Andagoya regresó de su incompleta expedición al Sur de Panamá, las noticias que este trajo, respecto á la riqueza de aquellos países, excitó la codicia de aquellos soldados de fortuna, aun cuando los peligros y dificultades que para llegar á ellos se ofrecían, arredraban á los mas audaces.

Diego de Almagro, soldado de fortuna tambien como Pizarro, de un origen tan oscuro como el suyo y en idénticas condiciones de ilegitimidad; de mas edad que Pizarro, pero tan resuelto como este y con las mismas buenas y malas cualidades, aunque algo mas brusco y mas arrebatado y violento en sus pasiones, unióse á Hernando de Luque y á Pizarro para llevar á cabo la realización del portentoso proyecto concebido por el último, proyecto que andando el tiempo tan pingües resultados había de ofrecer.

Hernando de Luque era un sacerdote español, que á la sazón desempeñaba el curato de Panamá, varón de una prudencia y discreción extraordinaria, dotado de superiores conocimientos, y que ejercía una gran influencia en la colonia, manejando fondos de alguna importancia, merced á los cuales pudo llevarse á cabo la empresa del Perú.

Celebraron un contrato entre los tres, en virtud del cual, Pizarro y Almagro habían de contribuir con sus pequeños haberes á los gastos de la expedición, mas los principales gastos fueron costeados por Luque.

Pizarro quedaba encargado del mando de la fuerza, y Almagro del equipo y surtido de víveres.

Obtúvose el permiso del gobernador, y procedióse á la compra de los buques, de los cuales, el mayor, había sido construido por Balboa, para emprender esta misma expedición.

Reunieronse hasta cien hombres, y embarcado en aquel buque, dióse á la vela Pizarro desde el pequeño puerto de Panamá á mediados de noviembre de 1525, quedándose Almagro alistando el segundo buque para marchar á reunirse con su compañero, tan luego lo tuviese dispuesto todo.

No era la época la mas á propósito para navegar por aquellos mares, por lo cual hubieron de sufrir grandes contrariedades, contrariedades que tomaron un carácter mas pronunciado, al desembocar en el río Biru.

El terreno era excesivamente pantanoso, rodeado de espesos bosques, por los cuales atravesaron los expedicionarios á costa de colosales esfuerzos, encontrándose al salir de ellos con un terreno montañoso, tan áspero, y tan dura la piedra, que les cortaba los pies, siendo tal la fatiga y el hambre que experimentaban, que se arrojaban al suelo exánimes y sin fuerzas para caminar llamando á voces á la muerte.

En medio de aquel general desaliento, únicamente Pizarro conservó su imperturbable serenidad, y merced á ella, consiguió regresar con sus compañeros para embarcarse de nuevo y seguir su rumbo hacia el Sur.

Nuevas penalidades les aguardaban en aquella travesía. Furiosas tempestades durante diez días llevaron el baje en todas direcciones; apenas se daban espacio para achicar el agua que hacia por todas partes, y para colmo de desdichas escasearon los víveres, en términos de quedar reducidos á la miserable ración de dos mazorcas diarias de maíz para cada hombre.

En tal situación, consideráronse muy dichosos con poder ganar un pequeño puerto donde hicieron leña y agua algunos días antes, puerto insalubre y sin condiciones favorables para permanecer en él, pero la necesidad era tal, y tan aflictiva la situación que no tuvieron mas que resignarse.

En estos términos describe el historiador Prescott el deplorable estado de Pizarro y de sus compañeros: «Hasta la creación bruta parecía haber huido de este punto fatal, en que los aventureros no vieron animales ni pájaros de ninguna clase. El silencio reinaba sin interrupción en el corazón de estas tristes soledades; á lo menos el único ruido que se escuchaba era el de la lluvia al caer sobre las hojas, y los pasos de los desconsolados aventureros.»

«Enteramente desanimados por el aspecto del país, los españoles empezaron á comprender que no habían ganado nada con venir á tierra, y empezaron tambien á temer seriamente que se morirían de hambre en una region que no producía mas fruto que unas bayas desagradables, que recogían algunas veces en el bosque. Quejábanse á voces de su suerte desgraciada, acusando á su comandante como autor de todas sus desdichas, porque los había engañado prometiéndoles una tierra encantada, que parecía «huir mas y mas á medida que adelantaban ellos. Inútil era, decían, luchar contra el destino, y lo que mas convenía era tratar de volver á Panamá á tiempo para salvar la vida, en lugar de «aguardar en aquel sitio á morir de hambre.»

En vista de esto se comprenderán los esfuerzos que había de hacer Pizarro para dominar á sus soldados que querían abandonar la expedición y regresar á Panamá, conviniéndose, finalmente, en enviar el buque á la isla de las Perlas, en busca de socorros.



EXPEDICION DE PIZARRO AL INTERIOR DEL PERÚ

CAPITULO XLVI.

Primeras relaciones de Pizarro con los indigenas.— Reciben los socorros que esperaban.— Combates de Pizarro con los indios.— Retrocede Pizarro á Chicamá.— Sale Almagro de Panamá.— Contratiempos que sufrió.— Reünense Almagro y Pizarro.— Segunda expedición.— Nuevos descubrimientos.

UNA vez que hubo partido el buque que habia de traer los socorros apetecidos, trató Pizarro de reconocer el país, pero tropezó con aquellos impenetrables bosques, no encontrando señal alguna que le revelase que estuviese habitado.

Horribles dias debieron pasar aquellos desgraciados, faltos de alimentos, con las ropas destrozadas, y sin otra esperanza que la incierta de que el buque que habian mandado á la isla de las Perlas, llegase á su destino.

Pero Pizarro, sereno en medio de aquella espantosa adversidad, atento á todo, cuidando á sus compañeros con afectuoso cariño, buscando alimentos por todas partes é infundéndoles esperanza y resignación, consiguió, no solamente ganarse por completo sus simpatías y su agradecimiento, si que tambien impidió que se entregasen á una desesperación que hubiera podido tener fatales consecuencias.

Sin embargo, de tal modo se prolongó la ausencia del buque que marchara en busca de auxilios, que los mas animosos perdieron la esperanza; cada dia las penalidades eran mayores; mas de veinte de los que quedaran con Pizarro habian sucumbido ya, y todo hacia presumir, que á prolongarse algunas semanas mas semejante situación, era muy posible que los demás siguieran tambien su suerte.

Pero en estas circunstancias, una luz que á gran distancia percibieron á través de un claro del bosque, hizoles comprender que en aquella dirección habia habitantes sin duda.

Dirigióse Pizarro inmediatamente al frente de algunos soldados hácia el lugar indicado, dando con una pequeña población indígena, cuyos individuos, asombrados á la vista de tan extraños como inesperados huéspedes, abandonaron sus chozas.

Los hambrientos españoles arrojáronse velozmente sobre ellas, apoderándose de los alimentos que encerraban. Oportunamente llegó este auxilio para los desfallecidos expedicionarios, y como que no hicieron daño alguno á los asustados naturales, tranquilizáronse estos poco á poco y se aproximaron á los blancos, manifestándoles su extrañeza por lo que habian hecho.

Estos indigenas llevaban algunos adornos de oro, aun cuando groseramente trabajados, y manifestaron á los españoles que á unas diez jornadas de aquel sitio se hallaba un imperio poderoso.

La alegría que semejante descubrimiento les causó, aumentóse al cabo de seis semanas con la llegada del buque que habia ido en busca de socorros, y que los trajo en gran abundancia.

Repuestos, merced á aquellos alimentos, los desfallecidos españoles y curados de sus dolencias los que enfermos se hallaban, que eran en su mayoría, embarcáronse de nuevo abandonando aquella isla, á la que denominaron *Puerto del Hambre*, en recuerdo de la que allí pasaran.

Siguieron costearo durante algun tiempo, desembarcando en los puntos que mas á propósito creian, encontrando algunas poblaciones indias que abandonaban sus habitantes á su aproximación, y en las cuales, á la par que frescos alimentos, encontraban objetos de oro, que aun cuando trabajados de una manera tosca, eran de gran valor.

Fácilmente se comprende, que como la codicia era generalmente el alma de aquellas empresas, desde el momento en que comenzaban á encontrarse objetos de aquel precioso metal, olvidábanse todos los peligros y se despreciaban las fatigas.

Prosiguiendo su exploración, llegaron frente á una lengua de tierra que Pizarro bautizó con el nombre de Punta Quemada, donde dieron con una ciudad mas populosa que las descubiertas hasta entonces, pero cuyos habitantes la habian abandonado.

Apoderáronse los españoles de los alimentos y de las alhajas que encontraron, mas como aquellos indigenas pertenecian á una tribu mas belicosa que las demás, tan luego como hubieron puesto á salvo sus mujeres y sus hijos lanzáronse sobre los invasores, y aun cuando estos quedaron triunfantes, no obtuvieron la victoria sino á costa de cinco muertos y muchos heridos, contándose entre ellos el mismo Pizarro, que recibió siete heridas, y que únicamente merced á un esfuerzo de valor pudo salvarse de sus contrarios, que al verle caer en tierra se arrojaron sobre él.

Semejante accidente obligó á nuestros expedicionarios á regresar al puerto de Chicamá, lugar situado en Tierra Firme, desde cuyo punto envió Pizarro á su tesorero Nicolás de Ribera con todo el oro encontrado hasta entonces, á Panamá, al objeto de que diese al gobernador parte de todo lo descubierta hasta entonces.

Entre tanto, Almagro, que como sabemos se habia quedado en Panamá preparando el segundo buque, consiguió tenerlo listo al cabo de mucho tiempo de la salida de Pizarro, y siguiendo el mismo rumbo que este, fue tocando sucesivamente en los mismos puntos, donde por la señal convenida entre ambos de antemano grabada en las cortezas de los árboles, comprendia que habian estado.

En Punta Quemada ó Pueblo Quemado, porque de las dos maneras lo vemos citado en la historia de esta conquista, obtuvo la misma acogida por parte de aquellos naturales que tuvo Pizarro, recibiendo Almagro una herida, de la cual, despues de grandes padecimientos, perdió un ojo.

No retrocedió á pesar de este contratiempo, y prosiguió adelantando en su viaje, recogiendo considerable botin de oro, hasta llegar á la embocadura del rio de *San Juan*.

La belleza de este, el cultivo que se advertia en sus orillas y la multitud de chozas que por doquiera se veian, sorprendíanle agradablemente, mas como se hallaba inquieto por la suerte de Pizarro, de quien no habia visto señal alguna desde Punta Quemada, calculó que ó habria sucumbido en medio del mar ó habria retrocedido, y por lo tanto, determinó regresar, y tocando en la isla de las Perlas supo el resultado de la empresa de su compañero, y pasando á Chicamá consiguió avistarse con él.

Entonces combinaron, que mientras Pizarro permanecia donde estaba, Almagro, pasaria á Panamá á ver lo que podia conseguir.

Grandes obstáculos encontró este en sus proyectos. Pedrarias estaba irritado, no quiso consentir en nuevas empresas, y únicamente los esfuerzos de Luque pudieron obtener que cediese, aun cuando para demostrar su disgusto á Pizarro, nombró á Almagro como su igual en la nueva proyectada expedición.

Mas tarde, al saberlo Pizarro, resintiéndose, naciendo desde este punto, aun cuando casi siempre oculto, el resentimiento que mas tarde dió lugar á las desagradables escenas que entre ellos mediaron.

Por fin, y merced como ya hemos dicho, á los esfuerzos de Luque, Pedrarias, que habia llevado parte en la primera expedición, renunció á los resultados de la empresa por la cantidad de mil pesos de oro, arregláronse de nuevo las estipulaciones entre los tres socios, comprometiéndose los dos capitanes á dar feliz término á la empresa jurando por los santos Evangelios; y para darle mas fuerza á este contrato, el P. Luque administró el sagrado sacramento de la Eucaristía, subdividiendo la hostia en tres partes, una para cada uno de los contratantes, comprendiéndose por este acto, que Pizarro abandonó su estancia de Chicamá para marchar á Panamá.

Hecho esto dieron comienzo los preparativos para la expedición, los cuales se hicieron en mayor escala, puesto que habia mas fondos, y los resultados parecia debieran ser sumamente favorables, teniendo en cuenta las noticias adquiridas.

Los dos capitanes consiguieron alistar unos ciento sesenta hombres, compraron algunos caballos y un regular surtido de víveres y municiones, y dispusiéronse á partir en dos buques que para el efecto habian comprado, de mayores dimensiones que los que sirvieron en la primera expedición.

Bartolomé Ruiz, diestro piloto, de gran experiencia en el mar del Sur, dirigia las naves, y haciendo rumbo hácia el rio de San Juan, último limite de los descubrimientos hechos por Almagro, desembarcaron en la costa, y sorprendido uno de aquellos pueblos por Pizarro y los suyos, recogieron un gran botin de oro y alhajas, y considerando que esto seria un poderoso incentivo para atraer nuevos aventureros, Almagro partió para Panamá con uno de los buques, mientras que Pizarro permanecia reconociendo aquel terreno, y el piloto Ruiz con el otro buque exploraba la costa dirigiéndose hácia el Sur.

En la pequeña isla del Gallo encontróse este con que los habitantes les esperaban en actitud hostil, mas sin detenerse, prosiguió su marcha, sorprendiéndose al encontrar por todas partes señales de una civilización y de una cultura superiores á todo elogio, y finalmente, encontró en alta mar un buque que una vez cerca de él, resultó ser una gran balsa formada por multitud de vigas sólidamente atadas unas á otras con un suelo de cañas á modo de cubierta, dos gruesos mastiles en el centro, sosteniendo una gran vela cuadrada, de algodón, con un timon toscamente trabajado y una quilla formada por una gran tabla puesta entre los maderos.

Sorprendidos quedaron nuestros exploradores, mucho mas cuando al aproximarse la balsa vieron que dentro de ella iban una porción de indigenas de ambos sexos, los cuales ostentaban ricos adornos de oro y plata trabajados con suma destreza, llamándoles extraordinariamente la atención la finura de los tejidos de lana que constituian sus trajes.

De igual modo advirtieron en todo lo que contemplaban nuevas señales de una civilización muy superior á la que hasta entonces pudieran apreciar, adquiriendo la evidencia por el relato de los indios, con quienes pudieron entenderse por medio de los intérpretes que llevaban, de la existencia de aquel imperio tan buscado, y que á algunos grados mas, hácia el Sur, habia una ciudad considerable, llamada Tumbes, en la cual el oro y la plata eran muy abundantes, criándose numerosos rebaños de los animales que producian aquella lana.

Ruiz detuvo á algunos de aquellos indios para que pudiesen referir á Pizarro aquellas maravillas, y para que al mismo tiempo aprendieran el castellano, y dejando á los demás que continuasen su viaje, prosiguió su exploración, siendo el primer navegante que alcanzó la gloria de haber cruzado por el Pacifico la línea equinoccial, viaje del cual hasta entonces nadie habia tenido la menor idea.



HERÓICA DECISION DE PIZARRO.